

Cuanto mas preocupado iba el jefe español en sus ideas, se le anunció que avanzaba á su encuentro el emperador Moctezuma. Con efecto, en aquellos momentos se vió salir al poderoso monarca de su régio alcázar, que ocupaba el mismo sitio que actualmente ocupa el palacio nacional. Abrian la marcha tres personajes de la primera nobleza, llevando levantadas en la mano largas varas de oro que indicaban la presencia del soberano. Moctezuma, sentado en unas ricas andas de oro y pedrería, deslumbrantes de esplendor, conducidas en hombros de cuatro distinguidos nobles, y bajo un lujoso quitasol de exquisitas plumas verdes adornadas de luciente argentería, se dejó ver en seguida.

Iba vestido con maravillosa riqueza. Llevaba ceñida la cabeza con una corona de oro de exquisito trabajo artístico, de la forma de una mitra, cubierta de perlas y ostentando un delicado penacho de vistosas plumas, distintivo del rango militar unido al de la dignidad real. De sus hombros pendia una finísima capa de algodón, adornada de oro y piedras preciosas, sujeta al cuello con un nudo dado con sus dos puntas, riquísimamente bordadas. Sus piés iban calzados por brillantes sandalias de oro, sujetas por bellos cordones en que brillaban con profusion el oro, las perlas y la pedrería.

Doscientos señores de lo mas granado del imperio y ataviados con mayor lujo que los demás nobles y caciques, formaban su séquito. Iban de dos en dos, descalzos, con los ojos bajos y arrimados á la pared, en señal de respeto al monarca.

Hernan Cortés desmontó de su caballo al ver al empe-

rador, y Moctezuma descendió de sus ricas andas al descubrir al caudillo español.

Moctezuma, apoyado en los brazos del rey de Texcoco y del señor de Iztapalapan, empezó á caminar hácia donde le esperaba el jefe castellano rodeado de sus capitanes. Marchaba bajo de un palio de plumas verdes, que llevaban cuatro elevados personajes. Por delante iban varios caciques quitando del suelo los objetos que pudieran repugnar la vista del soberano ó molestar sus piés. Al paso que avanzaba iban extendiendo los nobles alfombras de algodón para evitar que pisase la tierra. Todo el pueblo, sin excepcion de clases ni rangos, se inclinaba al ver pasar al monarca, sin atreverse á fijar en él los ojos.

Tenia Moctezuma entonces cuarenta y tres años de edad. Era de cuerpo esbelto, delgado, bien formado y de buena estatura. En sus modales se veia al hombre distinguido y afable, á la vez que digno y noble. En su rostro aguileño, expresivo y simpático, así como en la melancólica mirada de sus grandes ojos negros, se retrataban la bondad y la dulzura. Su color era suavemente moreno y algo pálido; escasa la barba; negro el cabello y con esmero peinado; pero no muy largo, como era distintivo de las personas de elevado rango, sino hasta cubrirle las orejas; despejada su frente, y llenos de dignidad todos sus movimientos (1).

(1) Bernal Diaz nos ha dejado descrito el retrato de Moctezuma de la manera siguiente: «Seria el gran Moctezuma de edad de hasta cuarenta años (tenia 43), y de buena estatura y bien proporcionado, é cenceño é pocas carnes. y la color no muy moreno, sino propia color y matiz de indio, y traia los cabellos no muy largos, sino cuanto le cubrian las orejas, é pocas barbas, prietas é

Hernan Cortes le saludó respetuosamente con una inclinacion de cabeza, y se acercó á él para colocarle al cuello un vistoso collar de graciosas cuentas de vidrio, llamadas margaritas. Moctezuma bajó un poco la cabeza para recibirlo, y al irle á abrazar el jefe español, le detuvieron el brazo los dos señores en que se apoyaba, teniendo como profanacion el tocar á la sagrada persona del monarca (1).

Cortés le expresó, en un breve discurso, su gratitud por las demostraciones de benevolencia que desde su llegada al país habia recibido de él, y expresó la alta satisfaccion que experimentaba de haber tenido la dicha de conocer al magnánimo soberano de la poderosa nacion azteca.

El monarca mejicano tocó la tierra con la mano derecha y la llevó á los labios, ceremonia acostumbrada cuando se hablaba á los poderosos, y contestó á las palabras de Cortés con otras muy sentidas, felicitándole por su llegada. Dicho el corto, pero razonado discurso con acento dulce y agradable, correspondió al obsequio del caudillo español, presentándole dos collares de hermosas conchas de nácares, de donde pendian preciosos ca-

bien puestas é ralas, y el rostro algo largo é alegre, é los ojos de buena manera, é mostraba en su persona en el mirar por un cabo amor, é cuando era menester gravedad. Era muy pulido y limpio, bañábase cada dia una vez á la tarde.»

(1) Solís incurre en dos errores al referir el encuentro de Cortés y de Moctezuma. Dice que al echarle el jefe español la cadena á los hombros «le detuvieron no sin alguna destemplanza» y que el soberano «les reprendió» por ello. El hecho fué, no impedir que le colocase el collar, sino que le abrazase; pero sin manifestar enojo, sino con respeto, no habiendo habido, por lo mismo, reprension de Moctezuma á sus nobles. Esto no es mas que una de esas cosas con que Solís quiso adornar su relato; pero que es contraria á la relacion hecha por Cortés.

marones de oro, de media cuarta de largos, que podia figurar como obra perfecta de orfebrería (1).

Terminados los mútuos obsequios y felicitaciones, Moctezuma ordenó á su hermano Cuitlahua que se quedase con el jefe castellano para que le condujese al espacioso y rico alojamiento que le habia destinado, y volviendo á subir en sus ricas andas, se alejó hácia su palacio, acompañado del rey de Texcoco, seguido de la nobleza, y en medio del inmenso gentío que se postraba al verle pasar.

El sitio en que se verificó este primer encuentro de Cortés y Moctezuma fué enfrente de donde actualmente se encuentra el Hospital de Jesús, mandado edificar allí mas tarde por el conquistador como recuerdo del suceso (2).

Pocos instantes despues de haberse alejado el monarca mejicano, continuó su marcha el ejército español al son guerrero de los tambores y desplegando al viento el es-

(1) Bernal Diaz dice que ese presente fué hecho por Moctezuma cuando Cortés llegó al cuartel. Prescott, siguiendo al soldado historiador, dice lo mismo; pero no cabe duda de que los collares fueron entregados en la entrevista tenida en la calle, pues consta así por la carta escrita por Cortés á Carlos V, en que se leen estas palabras: «E despues de haber andado la calle adelante, vino un servidor suyo (de Moctezuma) con dos collares de camarones envueltos en un paño... de cada collar colgaban ocho camarones de oro, de mucha perfeccion, tan largos casi como un gemo; é como se los trujeron, se volvió á mí y me los echó al cuello, y tornó á seguir por la calle en la forma ya dicha.»

(2) Se conserva en el Hospital de Jesús una antigua tradicion que así lo afirma. Sahagun supone que el encuentro fué mas adelante. Bernal Diaz, poco antes de entrar á la ciudad; pero que fué despues de haber entrado se desprende claramente del relato de Cortés, pues dice: «y venian en dos procesiones, muy arrimados á las paredes de las calles». No es extraño en Bernal Diaz algunas de estas equivocaciones, porque, como se ha dicho, escribió ateniéndose á su prodigiosa memoria, que no siempre podia ser fiel en todos los detalles.

tandarte en que brillaba la roja cruz, con la católica inscripción latina puesta por Cortés (1).

Un inmenso gentío llenaba la ancha calle y coronaba las azoteas de los edificios. El hecho de haber salido á recibir el emperador á los extranjeros, llenó de admiración á la ciudad entera. Era la vez primera en que el poderoso monarca descendía de sus andas para hablar á un mortal. Los extranjeros debían ser, en consecuencia, muy superiores á todos los demás hombres. El respeto y las consideraciones de Moctezuma hácia ellos les hizo aparecer á los ojos de la nación como seres divinizados. Los ojos de la multitud estaban clavados en ellos. La artillería, los arcabuces, las espadas, el traje, las barbas, los caballos, todo lo miraban con sorpresa y asombro. No era menor la admiración de los españoles al contemplar la magnificencia de los edificios que á uno y otro lado iban dejando. La calle por donde marchaban podía considerarse como la aristocrática de la ciudad. En ella habían edificado magníficos palacios los grandes señores de las provincias y reinos feudatarios de la corona, que estaban obligados á residir en la corte una gran parte del año. Eran grandiosos edificios contruidos de una piedra porosa y colorada llamada tezontle, de un solo piso, pero de grandes patios, espaciosos salones, extensos jardines y amplios corredores. En sus anchas azoteas, convertidas en otros tantos jardines, se veían en bruñidos macetones vistosas y delicadas flores, exquisitas plantas y raros arbustos que per-

(1) «Entraron en la ciudad de Méjico á punto de guerra, tocando los atambores y con banderas desplegadas».—Sahagun, *Historia de Nueva España*, MS.

fumaban el ambiente. Se hubiera dicho, al dirigir la vista desde un extremo de la calle, que era una ciudad de pensiles aéreos contruidos por las hadas.

La impresión que en los españoles causó la magnificencia, la vida, la animación y el gentío inmenso de la ciudad en aquellos instantes, fué de esas que por su sublimidad no se borran jamás de la memoria. Bernal Diaz, al referir, siendo ya anciano, la emoción que produjo en su alma el grandioso cuadro que presentaba la capital en los momentos de la entrada del ejército español, dice que lo tenía tan presente, como si todo lo tuviese, en los instantes que escribía, delante de los ojos (1).

Pero si el asombro era el sentimiento que embargaba á los habitantes de la ciudad y á los españoles al fijarse cada cual en los objetos que por primera vez se presentaban á su vista, no sucedía lo mismo al encontrarse las miradas de los tlaxcaltecas y los mejicanos. La presencia del ejército de la república, entrando erguido y arrogante por la calle aristocrática de la corte del imperio, encendía en ira el corazón de los espectadores. Parecía leerse en la mirada de los soldados tlaxcaltecas la provocación y el reto, que eran contestados con el gesto de la ira y del odio.

Al avanzar por la espaciosa calle, aun tuvieron que pa-

(1) «¿Quién podrá decir la multitud de hombres y mujeres y muchachos que estaban en las calles é azoteas y en canoas en aquellas acequias que nos salían á mirar? Era cosa de notar, que agora, que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos como si ayer fuera cuando esto pasó.»—Bernal Diaz del Castillo. *Historia de la Conquista*.

sar los españoles otros dos puentes de anchas vigas, por debajo de los cuales pasaban las ligeras canoas cargadas de verduras, frutas y flores, que se dirigian á los grandes mercados por los canales que cruzaban la ciudad.

En medio del numeroso pueblo que se agolpaba á ver pasar á los extranjeros, la columna hizo alto enfrente de un magnífico palacio situado cerca del centro de la ciudad á corta distancia de un suntuoso templo levantado al nùmen de la guerra, deidad predilecta de la belicosa nacion mejicana.

El regio edificio era el palacio de Axayacatl, padre de Moctezuma, uno de los monarcas mas notables que ocuparon el trono azteca. Era una fábrica sólida de cal y piedra, de un solo piso, pero de grandes patios, numerosos y amplios salones, y espaciosos y bellos corredores. Este palacio, que ocupaba una gran parte de la actual calle de Santa Teresa y se extendia hasta la del Indio Triste, fué el destinado para el alojamiento de Cortés y de su gente.

Al penetrar Cortés en el edificio, Moctezuma, que se habia adelantado y le esperaba en el patio, le tomó de la mano y le condujo á una gran sala adornada de ricas colgaduras de algodón. Allí, haciéndole sentar en una tarima cubierta de un fino tapete, colocada junto á una pared que ostentaba un bello tapiz adornado de rica pedrería y oro, le dijo: «Malinche (1), vos y vuestros compañeros estais en vuestra propia casa: comed y descansad: yo volveré despues á visitaros.»

(1) Ya he dicho que así llamaban los nativos á Hernán Cortés, pues acostumbrando dar sobrenombres característicos á las personas, le daban aquel, porque en todas las conferencias tenia por intérprete á Marina ó Malintzin.

Dichas estas palabras, se retiró con los nobles que formaban su comitiva, revelando con este acto de atencion y de fina galantería una cultura y urbanidad que sorprendieron y cautivaron á Cortés.

En cuanto el soberano azteca se alejó de los cuarteles españoles, el jefe castellano mandó hacer una salva de artillería, cuyo horrisono estruendo se escuchó por todos los ámbitos de la ciudad, prolongándose por la ancha laguna, hasta desaparecer en las selvas.

Era un saludo á la bandera de la cruz que acababa de enarbolar en uno de los amplios corredores del edificio, y una manifestacion del poder de sus armas para infundir respeto y temor á los habitantes de la capital.

Previsor y activo, su primer cuidado fué examinar el edificio, recorriendo pieza por pieza todos sus salones, aposentos y patios, con el fin de colocar convenientemente sus tropas. Las habitaciones llamaban la atencion por su amplitud, su aseo y su gusto. Todos los aposentos tenian gruesas esteras ó petates de junco y de palma, con blancas colchas de algodón que formaban los lechos destinados á los españoles. Eran las camas que usaban los potentados y los ricos, pues la de los pobres consistia en un solo petate ordinario. Un toldo de fina tela de algodón se descubria sobre cada lecho, y junto á la pared escaños de una sola pieza, muy bajos, curiosamente trabajados. Varias estancias tenian adornado el pavimento con finísimas esteras de caprichosos dibujos, y cubiertas las paredes de vistosos tapices de bellas telas de algodón en que estaban pintados algunos pasajes históricos.

Moctezuma habia tenido destinado hasta entonces aquel